traba o cortapisa que dé lugar a contradicciones o simplemente a una curiosa variedad de criterios. En *El octavo día de la semana,* la exacta linealidad de su temática asombra ya como principio. No es, en modo alguno, una obra de complicado alcance, sino todo lo contrario. Una obra donde la dificultad está dibujada con tal sencillez, con tal facilidad de gesto y de palabra que realmente impresiona. Por eso, precisamente, su realismo se nos presenta limpio y hasta candoroso, porque es claro y radiante aun dentro de su concreto compromiso. Huye Marek Hlasko del giro complicado que daría oscuridad y penumbra a un planteamiento. Escapa con facilidad de todo lo que es y representa oscuridad de concepto.

Los resultados, en casos así, son bien rotundos. Consigue el joven escritor de esta manera una línea sincera y apasionada por un lado, y clara y rotunda por otro. El aval no puede ser más satisfactorio y los frutos, así de primeras y como comienzo, son tan alentadores como temerarios. Esperar, en estos casos, es tan importante o más que la pura especulación. Hay que creer muy firmemente en esa hondura realista como entremés de una obra futura más densa quizá en realizaciones, pero igual de dramática y rabiosa en su misma y brava problemática.—José María Sanjuán.

INTIMISMO Y ALREDEDORES DE LA POESIA

El poeta como hombre y como artista

El poeta es el hombre, aunque la mayoría de las veces el hombre no sea el poeta. Hombre y poeta indisolublemente unidos en el acontecimiento diario del vivir, deben manifestar, sin embargo, en determinadas circunstancias y bajo ciertas manifestaciones, una obligada disparidad, un casi total divorcio espiritual que sirva como contrapeso para destacar con mayor relieve bien la figura del hombre, bien la del poeta.

En el poeta, como en todo hombre dotado de una misión que está obligado a llevar a cabo, se dan al mismo tiempo dos posiciones o características, a veces contrapuestas, como son la de poeta y la de hombre. ¿A cuál de estas dos misiones debe atenderse con mayor desvelo? La pregunta puede contestarse diciendo que por igual a ambas. Como hombre, el poeta puede pensar y sentir determinados acontecimientos de orden político, social, religioso, bajo un determinado prisma; como poeta está obligado a enjuiciar—mejor diríamos a sen-

tir—estos mismos acontecimientos, si no de forma antagónica, sí dispar, de forma distinta. La dificultad obligatoria del poeta es esa precisamente: sentir los acaeceres diarios de la vida y a su vez sentirlos también como hombre y situarse ante ellos de forma distinta.

El poeta, pues, como poeta, es decir, como artista, como creador de belleza, debe observar una determinada conducta ante ciertas situaciones de índole vital; el hombre como tal hombre debe mantener una tesitura humana ante los mismos acontecimientos, y ambas situaciones—dispares en muchos casos—deben, sin embargo, armonizar, complementarse, constituir un «todo» que dé como resultado la figura total. Mantener este equilibrio perfecto sin inclinarse hacia uno u otro lado, con evidente subjetivismo al decidirse por una faceta de su propia contextura espiritual, es el obligado comportamiento del hombre tocado por la gracia de Dios por el aliento de la poesía, sin que al crecer su talla humana disminuya su estatura poética o, por el contrario, al levantarse sobre el rasero poético común sea con evidente disminución de su aliento humano.

Necesidad de deslindar una misión de otra

El hombre que escribe, piensa y siente poesía, es decir, el poeta, tiene necesariamente que reaccionar de forma diferente como poeta y como hombre ante los sucesos que le circundan y rodean a diario. Un acto puede herir la pupila del hombre como tal hombre; este mismo acto debe a veces no herir la pupila del poeta.

Vengamos ahora al caso contrario: un acontecimiento actúa sobre el alma del hombre. Pues bien, este mismo acaecer actúa también y al unísono sobre la sensibilidad del poeta. En el primer caso existe una disparidad en cuanto al impacto sensitivo de un mismo móvil sobre el binomio hombre-poeta; en el segundo hubo, por el contrario, una unidad de actuación o de acción, una suma de sumandos que actuaron en conjunto sobre la fibra espiritual del ser humano, transcendido esta vez en poeta también.

La misión importante y erizada de dificultades de índole intuitiva del poeta es desglosar certeramente y atento sólo y siempre a la vez en enriquecer el acervo espiritual y poético de su alma, pues de ejecutar con acierto o no este desglose puede depender—a su vez—que su papel de poeta se mantenga valedero o, por el contrario, que descienda a simas de las que no es posible el ascenso. Las dos personalidades amigables que viven y alientan a su vez en la psiquis del poeta, la personalidad humana y la personalidad poética, tienen que

acertar a desenvolverse en un constante equilibrio, compensándose mutuamente y en beneficio recíproco, unas veces desoyéndose la parte humana, otras inescuchando la parte artística con momentánea ascensión de la otra parte, como los platillos de una balanza, que mientras uno baja sube el contrario.

El poeta está, pues, obligado a conllevar en sí armonizadamente la posición insoslayable de hombre y la tesitura sobrehumana de poeta. Manejar ambas; sentir ambas dentro de sí; pulsar las dos; escuchar las notas de una y otra tecla y, sin embargo, acertar a distinguir ambas; desoír una cuando escucha a la otra; oír a las dos a la vez o, en el peor de los casos, dejar abandonadas al silencio cruel de la inanidad ambas voces que viven en él, que en él se contraponen y juegan dando como cociente de la operación una obra poética, que ya es bastante, y a veces mucho.

Si el poeta, llevado por un cauce demasiado humano, cae en la posición única o casi única de vivir como hombre, desatento a las voces y a los llamamientos místicos que tratan de conducirle por la senda inefable de la poesía, la posición del hombre se vigorizará, pero en cambio la posición del poeta caerá en una laxitud y flojedad lamentable. En caso contrario, esto es, cuando el poeta, movido por un impulso hiperpoético, hace caso omiso en todo lo posible de su posición humana, cae, por puro pecado de hipérbole, en un estado delirante de creación, que trae como consecuencia inmediata un decaimiento de la propia personalidad humana, de la criatura creada por Dios, y cuyo deber insoslayable es mantener siempre y en cualquier circunstancia este estado de gracia otorgado por el Creador.

Esta disparidad tensa y crucial, esta convivencia en el alma del poeta, de una actitud puramente humana y de otra creacional, debe mantenerse viva y palpitando en continuado altibajo, en continuado canjilón de noria, tanto como dure la vida física del artista; es decir, del poeta.

Mantenerlas en continuo equilibrio, desoír una parte en tanto se está oyendo la otra, nutrir y alimentar la parte humana unas veces, pero llenar de savia y de vitalidad la parcela creadora, es la misión que tiene y que debe mantener el poeta a lo largo de su existencia.

Pero siempre, siempre y pese a su simultaneidad y a su coexistencia dentro del espíritu amplio del poeta, éste debe observar una absoluta separación entre ambos estratos o facetas, no dejándose en ningún caso llevar por una parte o por la otra en evidente detrimento de la parte contraria, y esta situación atenta y discriminatoria debe adquirir y adquiere en el poeta auténtico un sentido profundo y total, sin concesiones bastardas y sin blandenguerías aleatorias, tamizando y sepa-

rando de modo absoluto determinados acontecimientos de tipo vital, llámense políticos, sociales, económicos, que de ser asimilados sólo servirían para dañar y herir mortalmente su obra poética, obra que nada ni nadie debe, puede ensuciar, porque hacerlo supondría una blasfemia estética y humana.

El poeta, ser metafísico

El poeta es un ser extraño. El poeta no sólo escribe versos, sino que los siente; y esto es lo importante: sentirlos. El poeta es un místico; debe ser un místico de su arte; debe entregarse a él como en un sublime acto de amor, entregando todo su ser, su inteligencia, su sensibilidad, su ternura y su sinceridad sobre todo. De no hacerlo así, de no formalizar su contrato metafísico con ese tesoro extranatural que Dios le ha entregado al nacer, el poeta se falsea a sí mismo y, lo que es mucho más grave, falsea y adultera a la Poesía, y éste es un acto que podrá estar alguna vez penado en los códigos de la Belleza y del Arte.

El poeta nace. Pero también se hace. ¿Cuál de estas dos posiciones es más importante en un poeta? ¿Su nacimiento? ¿Su vida? Creo que si bien, y como afirmo anteriormente, el poeta nace, graciosamente dotado por Dios de ese extraño mundo de sensibilidades y exquisiteces que no tienen parangón, el poeta, en mucho mayor grado, en muchísimo mayor grado, se hace. Es la vida la encargada de ejecutar esta labor inigualable, y de la vida, a su vez, es el dolor el principal y más importante factor contribuyente, como más adelante y en otros epígrafes examinaremos.

El poeta siente, a la manera de los místicos, un estado de éxtasis, de delirio espiritual, que, desasiéndole del suelo, le conduce directamente a un estado onírico, extrahumano y subyugante, de idéntico modo que el místico, aleccionado por el ayuno, la oración y la penitencia, llega a un estado consuntivo y espiritual, a un acercamiento con Dios, que constituye el meollo y el jugo de su existencia, la alegría y la ilusión de «su» vida y la ilusionada esperanza de un pronto más allá, puro y perfecto, que pague, con monedas de eternidad y goce, sus hambres y asperezas, espirituales y físicas. Naturalmente, el poeta debe ser un místico, un hombre en trance creacional, un ser humano que entrega a la poesía todo su bagaje tremendo y amplísimo de espiritualidad, toda la vasta gama de su contenido trascendente. Pero esto no quiere decir que porque el poeta «deba» ser así, el poeta «sea» así.

Porque hay poetas y poetas. Poetas que lo son en toda la amplísima gama de valores éticos y estéticos que son necesarios para tallar en un puro bloque la figura ingente de un poeta; hay, por el contrario, hombres que no son poetas, sino que ostentan la profesión de poetas, cosa muy distinta.

El poeta es un alquimista; un hombre capaz de transformar la hoja de lata de lo inmediato en el oro de lo trascendente; un hombre ideal e idealista que tamiza toda la miseria humana a través de su alma escogida y la transforma en belleza sorprendente, en esteticismo y en inmortalidad objetiva; es decir, humana, impersonal.

Su misión es, pues, doble. Misión objetiva y subjetiva a la vez; misión de inmortalizar con su arte su propio «yo» y labor de dejar en la historia la huella difusa de hombre en un eficaz y elevado anonimato que sirva para enaltecer la gloria y el destino común de la Humanidad.

Su absoluto despegue con el materialismo

El poeta, si quiere serlo, debe también situarse a determinadas alturas que obren como consecuencia con dos finalidades necesarias a su vez para su misión: amplitud serena de miras y altura onírica de sueños. Al situarse a alturas elevadas, coronando el común denominador de los demás hombres y mirar, por tanto, a éstos desde elevaciones imaginativas que llegan a ser también físicas, el poeta consigue los dos fines apuntados anteriormente. En primer lugar, al contemplar desde superiores estratos a sus hermanos los hombres, el poeta consigue lo que consigue todo hombre que asciende penosamente hasta la cima de una montaña: abarcar un panorama que no le es dado ver al hombre del valle situado unos centenares de metros más abajo que él. Su horizonte, al despegarse del suelo tangible e ideal, se ampliará notablemente; su capacidad contemplativa aumentará de forma notable; el ancho panorama celeste que contemplen sus ojos se habrá duplicado o triplicado si se compara con los otros hombres que están situados en la falda de la montaña a la cual el poeta ascendió. Esta notabilísima ampliación del horizonte trae como consecuencia inmediata, para toda alma sensible y ética, una serenidad de miras, una serenidad de contemplación y no sólo de contemplación pasiva, sino de lo que es aún mejor, de contemplación activa, de juzgar los problemas y los pecados de los hombres bajo un punto de vista más amplio, más tranquilo, más divinizado. Al cielo se le sitúa no en el fondo de los mares o del abismo, sino en lo alto, sobre nuestras cabezas, a

alturas capaces por sí solas de motivar un estado de serenidad, compatible, sin embargo, con la ley más pura, que hace ver todo con mayor amplitud, con un mayor sosiego y comprensión.

Esta actitud contemplativa y activa suscita inmediatamente la segunda consecuencia, y es el sueño, la lírica, el estado de éxtasis, que a su vez origina el poema, si no en su forma tangible y física, sí en su aspecto aún de nebulosa, embrión, no obstante, del poema vertido a la cuartilla, plasmado en líneas, hecho terminado, físicamente ya palpable a nuestros ojos y casi también a nuestro tacto.

De aquí ese no tomar contacto con el suelo que debe alentar al poeta en su trascendente misión elevadora de toda clase de valores estéticos y educativos. Este estado de elevación, este contemplar los sucesos desde un punto de vista soñoliento, desde un Himalaya de sueños y visiones, se ha prestado y se sigue prestando al chiste fácil. Pero es necesario no prestar atención a estas tufaradas de vodevil, a estos eruptos de los incapaces, incapaces necesitados, sin embargo, de poetas y otros seres semejantes, para no caerse de bruces sobre el cieno que ha originado sus propias humedades.

El poeta, como creador de pensamiento estético

¿El poeta es un escritor propiamente dicho, según el criterio y juicio que se tiene de un escritor? El poeta es un hombre que escribe, pero que en lugar de escribir novelas, o ensayos, o cuentos, escribe sencillamente poemas. Esto es de una importancia extraordinaria y diferencia, a mi juicio, de un modo exhaustivo al poeta del novelista o del escritor de teatro, situando a ambos en puntos no contrapuestos, pero sí diferentes.

El escritor, tanto ensayista como novelista, autor dramático, etc., y el poeta son hombres que escriben, que sienten el afán y la necesidad de situarse delante de unas cuartillas y de llenarlas con los pensamientos que brotan de su inteligencia, ayudada ésta por una educación y una técnica imprescindible a este o a otro trabajo de la índole que sea. Pero en tanto el escritor «piensa», el poeta «siente». La postura del escritor al ejecutar su obra es una postura intelectual; la posición del poeta al escribir el poema es abstractiva. El prosista se vale de su pensamiento y de su técnica para construir una pieza teatral, una novela, un ensayo, un cuento...; el versificador es un ser más intuitivo, más difuso, más incoherente, sin que por ello quiera decir que no utilice la técnica para construir su poema y que no se valga de sus conocimientos de preceptiva para moldear su obra. En una ocasión y

en una pequeña polémica o, mejor, cambio de impresiones que tuve con un conocido escritor de prosa exponía yo a mi contrincante que un pensamiento determinado nace en la mente del hombre para ser expuesto en prosa; y otro pensamiento brota en la inteligencia del hombre para ser expuesto en verso, sin que en ningún caso ni de forma alguna puedan invertirse los términos. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que el pensamiento nacido para la prosa sea inferior al nacido para el poema, ni que éste desmerezca al lado de la prosa. Esto quiere significar sencillamente que cada chispa que brota del intelecto humano debe ser vestida de una forma: unas, con la prosa; otras, con el verso.

El poeta, pues, aparte de escritor es además y principalmente un creador de belleza; un hombre que sabe vestir su pensamiento con las más bellas telas y transmitir de ese modo a los demás no sólo el caudal profundo de su sentimiento, sino también la belleza y el ornato con que sabe vestir éstos.

En el poeta, por tanto, se dan dos circunstancias: la del pensamiento y la del esteticismo. O quizá mejor expresado: la del sentimiento y la de la elegancia en el modo de decir.

Sinceridad

El poeta, quizá más que otro escritor, está obligado a ser sincero en su obra. De no hacerlo así, el poeta está condenado en un plazo de tiempo más o menos dilatado a contemplar su propio naufragio. Este asunto de la sinceridad ha llegado a constituir hoy un verdadero problema. Constituyen, por desgracia, minoría los poetas que hoy son sinceros con su propia obra.

Un poeta amigo, cuyo nombre no hace al caso en este momento, me decía en una ocasión que él no conceptuaba nunca bueno o malo un libro de poemas, sino simplemente sincero o no. Y es que se da la circunstancia que, siendo sincero, suele ser a su vez bueno porque esta sinceridad, esta espontaneidad del poeta al exponer su intimismo o los problemas genéricos de su tiempo, contribuye a dar al libro el espaldarazo de bueno o, al menos, de libro limpio, transparente, perfilado en un yunque de humanidad, sin amaneramientos, que dan al traste hasta con el propio sentimiento del poeta, aun cuando éste tenga originariamente una altura trascendente.

Por otra parte, la falta de sinceridad de un poeta al trazar su propia obra no sólo desfigura ésta, sino además es síntoma inequívoco de una falta de disciplina consigo mismo, de torpeza y de ceguera, toda vez que, bien considerado el problema, nadie —y menos un poe-

ta—debe adulterar su propia mercancía, dotándola de influencias y manifestaciones a todas luces ajenas a la más elemental ética, visibles a simple vista, sin necesidad de ayudas ópticas de ninguna clase y fatalmente condenada a caer en descrédito manifiesto, cuando no en hostilidad y menosprecio. Quizá la postura pueda juzgarse *dilettante* o snobista, pero alejadas ambas de lo que debe ser siempre una total entrega a un arte que, como el poético, merece toda clase de consideraciones.

Universalidad de su intimismo

El poeta expone en el poema «su» mundo, ese mundo que bulle por su alma, le atormenta unas veces, otras le alienta y le levanta, llena de fiebre creadora sus silencios; le acompaña en su diario vivir y soñar y acaba por fundirse con él, con la propia carne de su espíritu, poniendo su sello de melancolía y de ensueño, sobre su frente. Esta visión subjetiva, personal e íntima de exponer el poeta «su» mundo tiene el inminente peligro de caer en una excesiva subjetividad, en un exagerado intimismo que pueda dañar, y que de hecho dañe, la belleza intelectual del conjunto, la propia obra poética, no logrando encender en el espíritu del lector esa llamada deslumbradora que el poeta quizá pretendió.

El poeta necesita entonces que ese «su» mundo que él pinta con trazos más o menos subjetivos tengan, sin embargo, por arte de la magia de su talento, que, pese a su subjetivismo, sea capaz de trascender, de universalizarse, de hacerse común denominador provocando en el ánimo del que lea un estado anímico que guarde una extraña y profunda semejanza con el estado anímico que el poeta poseía al trazar su poema, al darle vida. Esta trascendencia, esta anchura universal debe ser siempre el módulo o signo que caracterice y distinga al poeta auténtico del pseudopoeta.

Este mundo subjetivo-objetivo necesita, para ser puesto de manifiesto, un pulso y una serenidad expositiva que sólo pueden darse en hombres dotados de ese don excelso de la poesía, ya que de otro modo, al carecer de esa fuerza, de esa comunicación misteriosa sobre el alma de sus lectores, caiga en una quietud, en una falta de aliento humano que impregne su trabajo de una manifiesta laxitud y flojedad que, en último término, no son sino síntomas negativos de su falta de vitalidad poética.

El dolor de la creación, por la creación, en la creación, origen de la creación.

El eterno móvil que impulsa al hombre a la creación de la obra de arte es, en la mayoría de las veces, el dolor. Al dolor se deben la mayor parte de las obras inmortales de música, de literatura, de poesía. Ha sido y seguirá siendo el dolor el soplo misterioso que ha inspirado tantas y tantas obras literarias y artísticas.

Hasta ahora, de las dos vertientes que integran el alma humana, esto es, alegría y dolor, ha sido únicamente este último el fermento que ha servido para crear arte; para dotar al hombre de ese aliento genial que, sobreponiéndose a sí propio, ha servido para levantar, para dar cima a una obra más o menos perecedera, pero siempre fuera de lo usual, de lo vulgar. La alegría, ese motivo dinámico que aleja al hombre de sí mismo, no ha servido, en cambio, para otra cosa sino para suscitar en el alma humana un estado de indolencia, de vaguedad, de superficialidad, a todas luces contrario al estado tenso, emotivo y profundamente humano como es el dolor. No quiere esto decir que el hombre que crea una página musical, un poema, un cuadro, etc., carezca de alegría, sea un ser misántropo y amargado, huidizo y malhumorado, sólo atento a la contemplación de los planos más morbosos y más zoológicos que hay en el hombre. No. El artista, en general, puede ser, y de hecho lo es, ¡cómo no!, un hombre alegre, comunicativo y optimista. Sólo que en él la alegría, que en los demás hombres quizá tenga un fondo de inconsciencia o de primitivismo, adquiere un tono de ascendencia y de elevación. Porque el poeta, concretamente el poeta, es poseedor de una alegría que no tiene parangón: la alegría de crear. Y ésta sí que es una alegría honda, humana, profunda. Tan humana es, que toca los linderos de la divinidad.

Alegría y dolor se contraponen en el alma escogida del poeta. Alegría de la creación, de esa entrega espiritual en el poema, de ese feliz alumbramiento de un poema creado, engendrado y alumbrado por una sola persona: el poeta. Y dolor, el dolor que ha servido, a lo largo de años, de meses, de días, de horas, para levantar en el alma del poeta una silenciosa fuente creacional inagotable.

Mortalidad e inmortalidad del poeta

El poeta, cuando escribe —se entiende el poeta que lo sea de verdad—, no piensa o, mejor dicho, no debe pensar si su obra en general, o si aquel poema que está creando en particular, quedarán o no en la historia de la literatura. El poeta debe aspirar a la creación de dos

extremos, que son: pensamiento y belleza. Lo demás, el tiempo acabará diciendo la última palabra. El poeta, cuando crea, es un ser espiritual, ingrávido, soñador. Está en trance y no aspira sino a escribir; a dar salida a esa voz misteriosa y tremenda que pugna, que grita por salir fuera, entre espasmos de dolor casi físico, esfuerzo y desasimiento de todas las cosas, que en aquel momento están en contacto con él, elementos materiales, palpables y positivos. No sabe más. No debe saber más. No cree saber más. Se encuentra, como un místico anacoreta, en íntimo contacto con «algo» impalpable, nebuloso y ascendente que se le escapa de las manos y que al mismo tiempo se esfuerza por brotar de su claustro cerebral y espiritual sencillamente «porque sí», porque es necesario que se cumpla fatalmente aquel alumbramiento.

El poeta aspira, eso sí, a la inmortalidad. Aspira a quedar en el tiempo, a ser una voz que la erosión diaria de las horas no le conduzca al mar «que es el morir», sino a quedarse hecho talla, belleza, arte y palpitación en el decurso del tiempo que todo lo destruye. El ignora si su voz va a dejar de escucharse apenas haga mutis por el escotillón de la muerte, y en algunos casos antes, o si se va a perennizar, si va a solidificarse en un compacto bloque duradero y tenaz. El poeta tiene «hambre de eternidad», como decía Unamuno; como la tiene el frailecillo magro y ayunador que sueña con Dios, que dialoga con El y que a El entrega todo su tesoro grande de espiritualidad y de amor. Ambos sueñan con eternizarse: uno, en su obra aquí, en el mundo; otro, con Dios, allí en la eternidad.

Inmortal o caduco, el poeta crea. Aspira a la inmortalidad. Pero allá en el fondo ardiente y profundo de su alma una vocecilla dulce y constante le está diciendo que, inmortal o no, la faena poética ha de seguir adelante, por encima de todo y de todos, imperativamente adelante.

Intrascendencia del poeta en cuanto se relaciona con el momento histórico, social, etc.

Quizá uno de los mandamientos más importantes del decálogo ético del poeta sea aquel que preconiza su casi total indiferencia o despegue de los acontecimientos de su siglo sean éstos de la índole que fueran. Entiéndase el poeta como tal, no en ningún modo ni nunca el hombre integrador del poeta. Indiferencia, despegue o como se prefiera denominar, que a la postre va a servir de plataforma para el encumbramiento del poeta, para su triunfo más o menos definitivo. Este desdén ha de tomar, no obstante, un cariz determinado, un sesgo muy particular, porque desdén o encogimiento de hombros ante los actos más tras-

cendentales de su vivir histórico y literario no significa un esconder la cabeza debajo del ala, sino una contemplación de tales acontecimientos con la mirada sagaz y profunda de quién es capaz de superarlo, de quién es capaz de «ir más allá», de quién, con un cierto fondo de escepticismo y de tristeza, no ve en los acaeceres sociales o políticos de su tiempo sino la simple y escueta anécdota condenada a morir en breve, a tener una vida fugaz. Y aún más: porque el poeta en tales y tales circunstancias debe observar, asimilar y digerir el suceso y luego, a través del finísimo tamiz de su alma, universalizar, transformar en problema humano universal y, por tanto, imperecedero, lo que no es sino una vulgar coyuntura, sin otra posibilidad ni otra fuerza, aunque por los demás hombres de su mismo tiempo sea considerada como un acontecimiento destinado a cambiar casi los cimientos de la Historia o a salvar una patria ya de antemano salvada por los cultivadores del espíritu, y entre ellos hay que contar a los poetas.

El poeta vive en el mundo, pero su deber es vivir en «su» mundo, en ese mundo que él propio ha creado, fortalecido y dado vida tangible a fuerza de serlo espiritual, y desde tal mundo onírico e intocable, observar los acontecimientos con mirada atenta no por el acontecimiento en sí, sino por lo que tiene de impacto creador en el espíritu del poeta, destinado a levantar sobre la menguada contingencia un sólido edificio que ha de hablar a las futuras generaciones no de un hecho determinado, insulso y anodino, sino de la huella que tal suceso dejó en el alma de un hombre, y que éste supo elevar a la categoría de humano, es decir, de universal; es decir, divino.

ALGO SOBRE LA ABSOLUTA INOCUIDAD DE LA POESÍA SOCIAL

Poesía social, sea ésta de la índole que sea, es precisamente la antítesis de lo que queda apuntado: la fijación anecdótica de un hecho, de una coyuntura, de un acontecimiento en un momento determinado, cronológicamente situado entre tales y tales fechas, adscrito a un momento histórico, a un ciclo histórico cualquiera, es decir, no humano, sino individual; no universal, sino localístico; no trascendente, sino intrascendente, y como tal, inocuo. Porque los hombres pasan, pero «el hombre» no pasa jamás. Porque este o aquel suceso pasa; pero lo que no pasa nunca es el eterno acontecimiento del hombre: amor, odio, tristeza, ternura, envidia, celos, avaricia, prodigalidad, etc. Porque «un» determinado momento social o político, por muy hondo y trascendente que lo juzgue el hombre que lo ha vivido, pasa; pero el

eterno acontecimiento del hombre como criatura de Dios no pasa, no pasará jamás.

El poeta social, es decir, el poeta que vincule su inspiración y su obra a una determinada circunstancia social; aquel que funde su inspiración en un momento concreto del devenir diario de la vida, está firmando su sentencia de muerte con la posteridad, está auto-destruyendo su propio trabajo en el mismo instante de su creación; porque aquel momento a que él adscribe su obra fatalmente ha de pasar, y al hacerlo pasará también todo lo que constituyó su ciclo histórico: arte, política, costumbres, modas, lenguaje, etc. Y poesía.

MISIÓN DE ELEVAR AL PUEBLO

Todo artista debe aspirar a que su arte adquiera perennidad y a que sea defundido, conocido y admirado por los demás humanos. Pero esto no quiere decir que con tal de lograr su objetivo de inmortalidad, el artista —el poeta— tenga necesariamente que «democratizarse». El arte no puede llegar nunca a ser de mayoría. Mayoría es en sí el pueblo. Masa. Gregarismo, hombres. El poeta no debe aspirar a descender al pueblo para hacerse conocer de él, sino al contrario: que el pueblo ascienda a él para ser conocido. Lo primero equivaldría a una «democratización» absurda, puesto que el arte —y la poesía, por tanto— no será nunca alimento de masas, de mayorías, y en segundo lugar vendría a ser tanto como un absurdo, pues misión de todo hombre superior es lograr el ascenso del pueblo a él, pero nunca ni de ninguna manera el descenso de él al pueblo, toda vez que tal tesitura sería antieducativa, y queriendo prestar un bien al pueblo acabaría, por el contrario, por sumirle aún más en su mayor o menor ignorancia de los principios del Arte y, naturalmente, de la Poesía.

DEBE LLEGAR A LA «MÁXIMA MINORÍA»

El poeta aspirará también a ser conocido y discutido entre la «máxima minoría»; es decir, entre un núcleo poco compacto de hombres de una densidad intelectual aproximada a él, prescindiendo de su entrada más o menos grande en las páginas de la historia literaria y de la preceptiva. Pero nada más. Nunca he creído en los «poetas del pueblo»; jamás he contado en las filas de «la poesía popular, la poesía del pueblo». El pueblo como tal pueblo tiene una misión y unos derechos; el poeta como tal poeta tiene una misión y otros derechos. Sus caminos, paralelos o no, no se tocan, se desconocen; deben ser,

si no antagónicos, sí dispares. Las «coplas del pueblo» y otras cosas por el estilo son puras entelequias, ganas de querer llamar a lo blanco negro; afán de ver algo donde hay poco o nada. El poeta es artista, el artista es de minorías y las minorías no son nunca pueblo, sino eso: minorías selectas.

Porque el poeta que «está en la boca del pueblo», ¿es un poeta de verdad, un amante del folklore? El sueño dorado del poeta no debe ser «andar en coplas», sino «estar en preceptivas». No debe ser —aunque pueda ser— hablar el mismo lenguaje que el pueblo, sino otro más elevado, más puro, y lograr con su arte que el pueblo, educado por su voz y por otras voces afines a la suya que con él colaboren en su alta misión artística, lograr, digo, capacitar al pueblo para comprenderle. Y en tal caso se lograría que parte del pueblo, educado para el arte, se integrara en esa «máxima minoría» ampliando su capacidad y ensanchando sus límites, siempre limitados.

Creadores y discípulos de escuelas poéticas

Existen hombres tan dotados para la poesía, que son capaces de crear escuela poética y dejar constancia y huella en la historia literaria. Existen otros hombres que, menos dotados que los anteriores por el genio poético, son incapaces de fundar una escuela donde integrarse y permanecer, pero que, sin embargo, y no por ello, crean poesía, hacen su obra y quedan en la historia con brillo mayor o menor, pero siempre con luz propia. Y existe una tercer falange de hombres que, no capacitados para ser fundadores de escuela poética alguna y con un sentido gregario de sí propios y de su arte, se limitan a seguir las huellas del «maestro» con pasividad ovejuna, sin parar mientes, que, por muy buena que sea su obra, por mucha altura que alcance en el firmamento poético de su tiempo, nunca tendrá sello personal, nunca poseerá nervio y sustancia propia y estará por ello condenada a su pronto olvido. Preferible, pues, será ser quizá un poeta menos brillante, pero con personalidad y características propias, que no un discípulo de tal o cual maestro, condenado fatalmente al desdén y a la soledad consigo mismo.

Sed, pues, maestros, si vuestro soplo poético es capaz de conduciros a tan envidiable lugar. Pero si no es así, si vuestras posibilidades son limitadas dentro, naturalmente, de un horizonte mayor o más pequeño, sed independientes, personales, sin seguir huella alguna de nadie; sed, en fin, estrellas que brilléis con luz propia en el cielo inmenso y cautivador de la Poesía.—Rafael Palma.